

Los que nacimos en la región del Caribe tenemos una disposición natural para la fiesta, el encuentro, el intercambio de energías. No es de extrañar que el Festival Internacional de Teatro de Santo Domingo (FITESD), en la República Dominicana –en las dos ediciones en que he tenido el privilegio de participar– haya estado marcado con el fuego de la pasión por el arte dramático, traducido en gran celebración sobre las tablas, como lo proclamó certeramente en la gala inaugural su director, el dramaturgo dominicano Reynaldo Disla: “Un festival internacional de teatro es un bosque iluminado; un jardín de almas desnudas, retablo de caracteres, mundos sorprendentes; tormenta de pasiones trágicas o cómicas; galería exquisita, pero conflictiva, de amor, poder, muerte y locura”. Así mismo es, ni más ni menos.

Entre el 6 y el 16 de diciembre tomó aire el globo aerostático del teatro en Quisqueya, una metáfora que protagonizó el jolgorio escénico desde el cartel del evento, obra del joven artista José Luis Jiménez. Varias sedes teatrales reparadas entre el Distrito Nacional, la ciudad colonial, el popular barrio de Villa Juana, y otras zonas como Santiago, Azua y San Juan de La Maguana, fueron inigualables espacios para cerca de veinte compañías procedentes de Argentina, Chile, Colombia, Cuba, México y Puerto Rico, además de los colectivos anfitriones.

No pude apreciarlo todo, fue imposible, por tiempo, distancias, horarios y otras responsabilidades dentro del FITESD 2018, en su décima edición. De tantas opciones teatrales tuve acceso a unas seis, resumen de una curaduría coherente en su afán de abarcar tendencias y estilos disímiles, lo que aportó un panorama variopinto. El festival es oxígeno bienal para el teatro dominicano, constatación de caminos similares o diferentes, vida palpitante en las maneras y conceptos de una manifestación que juega un papel fundamental en la propulsión de cuestionamientos, reflexiones, valores sociales, ideológicos, culturales, espirituales y utópicos.

DE SHAKESPEARE A CALDERÓN DE LA BARCA SEGÚN LATINOAMÉRICA

En la apertura estuvo *Mendoza*, de Los Colochos Teatro, de México. La Sala Máximo Avilés, en el Palacio de Bellas Artes, utilizada en el formato de teatro arena, resultó pequeña para el público que quería acceder a la función, pero idónea para la fuerza contenida de una puesta en escena, a cargo de Juan Carrillo, que maneja vibraciones psicológicas y dramáticas siempre a punto de explotar.

La dramaturgia alude a *Macbeth*, texto original de William Shakespeare, que en manos de Carrillo y de Antonio Zúñiga, se desarrolla en los tiempos de la Revolución Mexicana, y ya sabemos que las revoluciones son tan hermosas como arrasadoras. Poder y ambición conviven en el alma del general José Mendoza y de otros personajes de una manera desmedida, sangrienta, encarnada por actores mayúsculos, ya sean protagónicos o secundarios.

El tratamiento sonoro, las luces, los desplazamientos físicos de los intérpretes, están trazados de manera minuciosa y efectiva. Todo completado con la utilización de máscaras tradicionales y una interacción con los espectadores que demuestra que estamos ante una puesta en escena que sabe por qué, para qué, y hacia dónde enrumba su tesis espectacular, dueña de una estremecedora actualidad.

El segundo espectáculo que pude ver fue también internacional. *Maleza*, de la compañía del mismo nombre, proveniente de Chile. Si *Mendoza* apostaba por un teatro eminentemente artesanal, sin tecnología sofisticada, este montaje, bajo la dirección de Muriel Miranda y Hugo Covarrubias, transita por el extremo opuesto, al mezclar imágenes de muñecos en *stop motion* con narración y actuación en vivo. La joven Ana vive encerrada en

Once días para el teatro en Santo Domingo

Rubén Darío Salazar



su casa, marcada por la muerte de su padre y la locura de la madre. La presencia de una amiga la ayudará a tratar de escapar de ese infierno doméstico. ¿Es la fábula del espectáculo verdaderamente así? Ahí

reside el punto de fuerte atractivo en *Maleza*. La dramaturgia, basada en un texto de Karen Bauer, descubre una historia subterránea e inesperada. La acción en vivo se va mixturando con el filme de manera inteligente y artística, absorbiendo la atención y el asombro de los espectadores.

Alguna parte del público se sintió defraudado con esta mezcla de géneros, una producción arriesgada realizada en el filo de la navaja, entre teatro, títeres, narración oral y cine. A mí me satisfizo y me dejó expectante, aunque no dejo de reconocer que posiblemente el espectáculo se hubiera apreciado mucho mejor en una sala más pequeña que la flamante Carlos Piantini, el espacio más grande del hermoso Teatro Nacional Eduardo Brito. También debió cuidarse el horario, las siete de la noche no es idónea para un auditorio que debía estar ocupado por un público familiar, según aparece en el programa general.

Mi tercer espectáculo fue dominicano y de teatro de títeres. *Los sueños de Lorca*, unipersonal de Ernesto López, basado en una historia de ficción del propio actor y director. El niño Federico realiza un viaje a su interior en busca de su duende. La vida del poeta de Granada es siempre interesante, tanto para los adultos como para los niños. Sus personajes poseen una gracia singular, salero y ángel le dicen algunos. Ernesto aprovecha esa particularidad lorquiana y la adereza con canciones tradicionales y originales, consigue así la

atmósfera propicia para comunicarse con sus espectadores.

Un barco, que luego es un libro escenográfico articulado, repleto de sorpresas, dibujos con aires ingenuos, la recurrente interacción con el público, la inocencia que se va perdiendo, fragmentos mágicos aún en

desarrollo, buscan la madurez que completará esta propuesta sui generis. Me quedo con la hermosa voz de López y con su disposición para darle al género titiritero la altura merecida. Me complació encontrar a García Lorca en una obra familiar del festival, reencontrarme con Ernesto –años atrás lo había visto con el Teatro Sonrisitas–, y comprobar su crecimiento artístico.

Realizamos nuestras dos presentaciones como Teatro de Las Estaciones con *El patito feo*, en el auditorio del Centro Cultural Mauricio Báez, y luego nos dispusimos a cumplir nuestra tarea en el segmento de talleres, clases magistrales y conferencias del festival, que propuso un intenso programa de más de diez acciones prácticas y teóricas. Junto a Zenén Calero impartimos el taller Diseño y dirección artística en el teatro de figuras, en la Sala Jaime Colson, del Palacio de Bellas Artes. Un grupo de talleristas interesados en nuestra experiencia profesional, compartieron durante tres días una síntesis de los entresijos de la imagen y la creación espectacular titiritera.

Alcancé a disfrutar de dos agrupaciones más. De Argentina El Cuenco Teatro, y del país anfitrión el Teatro Guloya. En la acogedora Sala José de Jesús Ravelo, del Teatro Nacional, pude apreciar *Volver a Madryn*, por los artistas sureños. Una historia que ocurre en un pueblo de la costa, un sitio donde nunca pasa nada. Relatos que se entrecruzan en medio de un imaginativo diseño

de luces y una banda sonora nostálgica, con temas populares de un tiempo pasado, cantos de ballenas y olas del mar. Tres sillas y tres actores vestidos de negro, dueños de un histrionismo descomunal, Ale Orlando, Hernán Sevilla e Ignacio Tamagno, bastan para atrapar en poco más de una hora a toda la platea.

La dirección de Rodrigo Cuesta echa mano a recursos cinematográficos como la repetición, los planos medios y el flash back dentro del plano escénico. Todo dentro de una cuidadosa concepción donde nada falta ni sobra. Amores, injusticias, decepciones, pérdidas y añoranzas pasan delante de nuestros ojos en un lapso de tiempo que no siendo corto parece rápido. La justa colocación de matices actorales y espectaculares en una misma sintonía consigue una dinámica dramática casi perfecta.

Me encanta haber cerrado mi experiencia teatral en la República Dominicana con la asistencia a un montaje de un grupo local, el Teatro Guloya. Sede estable, diversos eventos alrededor del arte escénico, lo mismo para infantes que para adultos, publicaciones, exposiciones, entre otras actividades alternativas alrededor de las tablas, conforman el universo Guloya, donde la acción, la palabra y el pensamiento constituyen una fuerza poderosa.

La vida es sueño, de Calderón de La Barca, según la síntesis dramatúrgica y dirección artística de Claudio Rivera, es una obra en estado de gracia. Lo digo concientemente, después de asistir a una pieza de teatro que equivale a una catarsis colectiva. El texto, que data de tiempos remotos nos sigue hablando. Nos convida a reflexionar, reír y llorar con las bondades y miserias humanas.

La realidad dominicana se mezcla con la historia, mediante un trabajo interpretativo coral, cada quien pone lo mejor de sí, desde el maestro y primer actor en que se ha convertido Rivera, tras veinticinco años de entrega y resultados, hasta el intérprete más novel del elenco.

Luces, títeres (Ernesto López) máscaras, hermosos vestuarios (Vera Bertuzzi y Stephanie Gautreaux), escenografía esencial (José Miura), acompañados de la ejecución en vivo de instrumentos típicos de las festividades nacionales, junto a una banda sonora totalmente cómplice de la cultura dominicana, completan una producción tan atrevida como lograda. Esa sensación que deja el buen teatro, hace que uno salga a la calle con el alma henchida, deseosos de regresar.

EN LA RECTA FINAL

Presentaciones de libros, paneles críticos, revisiones a festivales anteriores, recepciones y agasajos, se sucedieron a la par de las representaciones, laboratorios pedagógicos y el homenaje al maestro Haffe Serulle, figura crucial del teatro en esa hermana isla. Me tocó la encomienda de presentar el último número de 2018 de la revista *Conjunto*, editada por la Dirección de Teatro de la Casa de Las Américas, y allí estuve acompañado por Reynaldo Disla, ganador del Premio Casa de las Américas. La publicación escénica, conocida en el ámbito dramático quisqueyano, voló de mis manos en breve tiempo.

Lo mejor del festival, además de las ofertas del programa artístico, fue la eficiencia y atención esmerada de su equipo organizativo, nos hicieron sentir que estábamos en casa, que eramos embajadores de la cultura de nuestros países en ese hermoso pedazo de tierra caribeña.

Si algo le deseo a la existencia del Festival Internacional de Teatro de Santo Domingo, es que siga en ascenso, que nada ni nadie logre interrumpir una trayectoria luminosa e imprescindible para el desarrollo y consolidación de la escena dominicana. La celebración solo se aplaza por dos años. Ojalá siga viva en los nuevos estrenos y acciones cotidianas de los teatristas de un país que vive el teatro como se goza una fiesta. 🎭

